

EXTRA! EXTRA!

TESTIMONIOS VOLUNTARIADO



SUPLEMENTO ESPECIAL
DE LA REVISTA A TRAVÉS.
ITAKA ESCOLAPIOS



escolapios betania

Uno de los sinónimos que podemos encontrar

cuando buscamos la palabra “testimonio” es “testigo”, es decir “persona que presencia o adquiere directo y verdadero conocimiento de algo”. Adquirir este conocimiento, esta vivencia, si no se integra en nuestro ser, en nuestra vida, se queda a medio camino; pero cuando se cuenta adquiere una nueva dimensión. Cuando se cuenta, se hace realidad, se hace

carne, se hace vida. Por eso, gracias a todas las personas que han escrito los testimonios de su vivencia como Ulises o en los Campos de Trabajo. Porque habéis puesto un pedazo de vuestras vidas en estas líneas, exponiéndoos a quien lo lee. Ojalá vuestras palabras sirvan para inspirar a otras personas, para que este “verdadero conocimiento de algo” que nos transmitís amplíe nuestros horizontes a otras realidades que también nos transformen.!



ULISES 16. INDONESIA UN SUEÑO CUMPLIDO

Por Cristina Molina

Desde hace varios años tenía el deseo de vivir una experiencia como la que he vivido el pasado mes de Julio. Todo comenzó en el momento que una persona me ofreció incorporarme al Proyecto Ulises. Tras ese “Sí”, vinieron una serie de formaciones, conocer el destino, a mi compañera de viaje, comprar billetes... ¿Y cuál era mi destino? ¡¡¡Atambúa!!! Cuando me lo comunicaron pensé, puff está lejísimos. Después de haber estado allí un mes, siento que han merecido la pena tantos vuelos, horas de viaje y que repetiría esta experiencia sin dudarlo.

Atambúa es un lugar mágico, en el que se respira paz, tranquilidad y FELICIDAD. Llegamos a un aeropuerto muy pequeño. Al salir, allí estaba el Padre Víctor para recogernos. Nos montamos en un coche y de camino a nuestro nuevo hogar, las primeras sensaciones empezaron a llegar; casas bajas de madera, niños descalzos jugando en la calle, animales sueltos... Al llegar, más caras conocidas: Marcelino, Jude y Mario. Junto a ellos, un grupo de chicos jóvenes cantando para darnos la bienvenida. Por la tarde fuimos a ver un poco la ciudad, la catedral, a las Escolapias y a las Franciscanas. Por la calle todo el mundo saludaba a Víctor y se nos quedaban mirando, para ellos nosotras éramos “bules” (extranjeras). De las cosas que más me llamaron la atención fue la cara de miedo / sorpresa de los niños pequeños que nos veían y cómo jugaban descalzos mientras sujetaban sus chancas en las manos. Después del paseo,

llegamos al momento de juego de los niños que participaban en la actividad Calasanz Summer, esos eran nuestros futuros alumnos. Todos ellos sonrientes y participando en una misma actividad. ¿Qué es el Calasanz Summer? Es una actividad que se ha realizado en el tiempo vacacional en el que su lema y objetivo es “Enjoy, speak and improve your English” (“Disfruta, habla y mejora tu Inglés”). Empezábamos con un momento de oración y motivación del tema a tratar y terminábamos la jornada con un rato de juego.

A las tres de la tarde quedábamos para preparar las “aulas”. Cada grupo tenía una tienda con un lateral y el techo de lona y allí colocábamos mesas, sillas y la pizarra. Las clases empezaban a las tres y media pero la mayoría de los niños llegaban muy pronto, todos querían estar allí antes para aprender y pasárselo genial. Los niños tienen una mirada especial, un trato diferente, un respeto, unos valores... Las clases han ido fenomenal, cualquier actividad que les plantearas la hacían encantados, todo les parecía bien, eran muy agradecidos y en sus caritas les podías ver la ilusión y ganas de aprender. A lo largo del mes, nuestro horario ha sido más o menos parecido. Por las mañanas teníamos la eucaristía, clase de español con los uniones y reuniones para preparar las clases de Inglés de



los niños. Por las tardes, la actividad Calasanz Summer, oración y después lo que surgiera cada día; boda, cincuenta aniversario de casados, cenas con las monjas, momentos de compartir con la comunidad... Y los fines de semana, diferentes actividades como: ir a la playa, visitar algún lugar diferente, aprender a cocinar alguna cosa nueva, jugar al voleibol con las Escolapias...

Para finalizar esta experiencia, los últimos tres días estuvimos en la nueva comunidad de Yogyakarta. Un lugar totalmente diferente, en el que pudimos compartir momentos con otras caras conocidas como Christoforus, Pedro y los aspirantes.

Los días pasaron muy rápido y cuando nos quisimos dar cuenta, era el momento de volver. Solo me salen palabras de agradecimiento por todo lo vivido y compartido en este mes, gracias a los niños, a sus sonrisas, caritas de felicidad, miradas cómplices..., a las personas con las que he estado y aprendido de ellas y por supuesto, a la Comunidad Escolapia que nos ha acogido y acompañado en esta experiencia tan gratificante y que ha dejado huella en mí. !

ULISES 16 . NICARAGUA NADANDO EN LO PROFUNDO

Por Pablo Sotoca

Despierten, recuerdos con nombres dedicados, el corazón sigue en hora ocho menos de lo marcado.

Sonrían, niños vestidos de encanto, ojos que bailan radiantes, historias de alegría y llanto.

Merienden, ese mango sacado del árbol, que pasa de mano en mano cambiando de verde a dorado.

Jueguen, en sus bosques encantados, donde grandes y pequeños corren para no ser pillados.

Vivan, Eso lo tienen muy claro, Con fe lo gritaban en alto. Aquí: seguimos con oídos tapados.

Naden, Agárrense con fuerza a mi brazo. Prometo no soltarles nunca desde el otro lado del charco.

Nicaragua mía, tierra de poetas destacados, Calasanz nos une a todos, aunque estemos alejados.!

ULISES 16 . BOLIVIA MUCHOS NOMBRES GUARDADOS

Por Pepe García Torres

Mientras sobrevolábamos el Atlántico, a 9000 metros de altura y una velocidad de crucero de 850 km/h, nos miramos entre los cuatro con sonrisas nerviosas, intuyendo la emoción que sentíamos sin que hiciera falta verbalizarlo. Después de un año de formación, Juanjo, Pablo, Chopo y yo nos encaminábamos hacia la experiencia de voluntariado más intensa que íbamos a vivir después de años en la Fundación. El viaje no comenzó el 24 de julio en Barajas, sino en septiembre del año anterior, y posteriormente, al saber que nuestro destino sería Bolivia, sólo se convirtió en la excusa por la que realmente comenzamos el camino. “...Golpe a golpe...”.

Era imposible saber qué me iba a encontrar detrás de cada curva, detrás de cada puerta, de cada profesor, madre, abuela, niño o



voluntario. Lo que tenía claro es que llevaba una mochila vacía para ser llenada por conversaciones, risas, oraciones, lágrimas, canciones... Poder compartir tiempo con todos ellos ha sido un regalo inmenso, pues te das cuenta de que lo que uno sabe y piensa es muy limitado, que mis

preocupaciones no valen nada comparadas con el día a día de aquellas personas. Tras esta experiencia agitada, vuelvo con muchísimas preguntas, esquemas cambiados y ganas de aprovechar el empuje tras lo vivido y observado. Guardo muchos nombres que me demostraron su felicidad, sencillez y hospitalidad. Gracias por cada instante, por haber hecho de esas tres semanas un tiempo inolvidable, por haberme enseñado a vivir desde el corazón y no desde la lógica.

Guardo el acompañamiento de Marta, Alba, María, Idoia, los Carlos y especialmente de Juan Carlos. “...Verso a verso...”. Agradezco a Dios y a las Escuelas Pías el haber podido participar de este proyecto transformador e ilusionante.!

CT17. ALUCHE

EL FINAL ES
EL PRINCIPIO*Por Blanca Poves*

Dieciocho años, segundo de bachillerato, estrés, notas, selectividad, y por fin verano, vacaciones, descanso, viajes, amigos... y la primera quincena de julio reservada para algo llamado “Campo de Trabajo”.

Muchas veces vivimos tan inmersos en nuestra propia rutina, en la familia, los estudios, el trabajo, que no vemos mucho más allá. La televisión, la radio, las redes sociales... se hacen eco día tras día de los problemas actuales: terremotos, dictaduras, sequías, guerras, refugiados, terrorismo... hasta el punto de llegar a ver todo esto como algo normal. Esta era mi historia, que, unida a la persona inconformista y quejica que siempre he sido, hizo que llegaré un punto en el que decidí dejar de lamentarme y pasar a la acción. ¿Por qué no hacer algo para intentar cambiar un poquito las cosas?

Ahí es donde entró en juego para mí el Campo de Trabajo. Yo sentía que tenía que hacer algo y, además, los niños me encantaban, así que, qué mejor manera de intentarlo. Llegué con tanta ilusión y tantas ganas de descubrir lo que podía aportar, que tenía un poco de miedo a no saber cómo actuar o simplemente a que la situación me sobrepasara. Al fin y al cabo, una vez allí, eres parte responsable de lo que ocurre, de las actividades y de que los niños disfruten al máximo esos quince días de verano.

Estos temores pasaron a un segundo plano en cuanto conocí a las personas que iban a vivir conmigo esta experiencia. Encontrar un grupo con gustos, estudios, ciudades de procedencia... tan distintos y que a la vez encajaban tan bien, me hizo sentir cómoda y arropada desde el primer momento. Supongo que la clave de todo esto fue, por un lado, llegar con un objetivo común: dar lo mejor de nosotros para hacer disfrutar a esos niños; y por otro, poder compartir todas aquellas vivencias, desde el día más alegre hasta al más cansado.

Es realmente bonito pensar que todas las personas que van allí voluntariamente cada verano, en la mayoría de los casos sin formación ninguna, ayudan y apoyan a varias asociaciones en sus distintas labores sociales, además de sacar adelante año tras año un campamento urbano y gratuito para 80 niños.

De mi experiencia allí aprendí tanto... y ya no solo sobre juegos, entretenimiento, dinámicas... si no sobre mí, sobre cómo potenciar mis puntos fuertes y trabajar los que no lo son tanto; que una parte de mí sigue siendo una niña y que me encanta jugar, me encanta verles reír, estar horas en la piscina lanzando niños por los aires, que me encanta cantar con ellos, disfrutar con ellos, me encanta ver cómo aprenden e incluso ayudarles a atarse los cordones. Y es que para mí, el final del campo significó realmente el principio; yo llegué allí para ayudar, y salí ayudada.!



CT17. VALENCIA

SEMILLAS
QUE DARÁN
FRUTO*por Marta García Agost*

Desde el mismo instante en el que se me presentó la oportunidad de hacer el campo de trabajo, un voluntariado de dos semanas durante ese ansiado verano que ponía fin a un curso a rebosar de egoísmos y taquicardias, yo ya estaba exaltada y lista para cambiar el mundo en cuanto se me presentase el momento.

Tras esa emoción inicial propia de una estudiante que lo que quería era dejar ya los libros, en un abrir y cerrar de ojos llegó julio y la comodidad y la vaghezza que reinaban en mí me hicieron perder las ganas de que llegase ese tiempo de puro sacrificio.

Pese a todo el melodrama, yo iba con muchas ilusiones y expectativas: quería ayudar a quienes no se les daba la oportunidad de avanzar, a estos más necesitados; quería salir de mi misma y darme a los demás. Siempre pensando que no sería muy complicado trabajar con niños, total ya tenía un poco de experiencia y controlaba “perfectamente” las situaciones.

Llegó el domingo fatídico y con mi amado colchón a cuestas me dispuse a iniciar mi primera odisea como voluntaria y ya sea de

paso a dormir dos semanas en el suelo de un colegio.

Mis peores temores se hicieron realidad cuando el primer día en la asociación, me vi superada por un grupo de niños que ya se conocían entre ellos y ya tenían calados a sus otros monitores. Comenzó así la primera semana durante la que fui pasando de ser una completa desconocida a alguien a quien ahogar en la piscina. Cada mañana iba descubriendo un poco de sus vidas, de su pasado y de su incierto futuro, de sus recuerdos y esperanzas. Se me rompían poco a poco mis esquemas al escuchar duras historias de guerras, migraciones y refugiados; realidades que iban mucho más allá de mi razón y que convertían a esos pequeños en luchadores y a mí en una simple espectadora con escaso poder para cambiar un ápice de sus vidas.

Los días pasaban, los madrugones daban paso a las agotadoras mañanas y éstas al explote de las mínimas horas de siesta permitidas. Con un fantástico aspecto resacoso propio de unas 16:30 veraniegas, nos reuníamos para las formaciones de la tarde. Durante éstas había tiempo tanto para reír a carcajadas, para pasar ridículo, para jugar como niños; como para hacernos ver las duras realidades sufridas día a día tanto alrededor del mundo como en nuestra propia ciudad, tiempo para aprender a tratar a los niños, a hacerlos crecer emocionalmente, a ayudarlos a superar los baches. Gracias a las formaciones iba aprendiendo a lidiar con las peleas, iba aprendiendo a superar mi miedo a causar más mal que bien en las vidas de los niños e iba aprendiendo a darlo todo para hacer sus mañanas un poco mejores.

Después de meriendas con mucho

chocolate y poco zumo, llegaban las ansiadas duchas que quitaban tanto los males del día como los sudores acumulados. Y entre ensaladas y chanchullos de amigos para sentarse juntos en la cena, terminábamos el día como lo habíamos empezado: con la oración. En este tiempo, que tantas veces se convertía en una ardua batalla contra mis párpados, se nos permitía estudiar todo el día vivido y poder descansar en el Señor. El pedir fuerzas y dar gracias por lo vivido se me hacía necesario y esencial para afrontar el día siguiente.

Y tan veloz como vino, se fue la primera semana. La vivencia diaria con los niños me entusiasmaba, notaba como ellos sacaban lo mejor de mí y en ocasiones también lo peor salía a flote. Pasaba el tiempo y yo deseaba que las dos semanas se convirtiesen en tres. Iba creciendo en mí la convicción de que necesitaba darme plenamente a los demás. Necesitaba ofrecer mi tiempo y mis energías a estos niños que me daban tanto. Sólo así podría comenzar a actuar contra los problemas que tan egoístamente pasaba por alto.

El campo de trabajo llegaba a su fin y con ello se ponía punto y final a las excursiones nocturnas, a las confesiones entre fregonas, a las visitas continuas al único baño y a los conciertos en las duchas. Miré atrás en el tiempo con mucho pesar y plenamente agradecida recordé todas esas semillas que con un poco de suerte darán sus frutos en el futuro.

Con un hasta luego y no un adiós me marché, llevando conmigo el firme propósito de continuar con la labor que allí había empezado, una labor que comenzó 24 años atrás y que seguirá dejando huella.!

CT16. ALUCHE

LUZ QUE
DESBORDA*Por Belén Ruiz*

Cuando, hace algunos meses, se me propuso vivir la experiencia del Campo de Trabajo, no dudé en ningún momento de que la respuesta que quería dar era “sí”. Llevaba muchos años escuchando lo mucho que había significado para aquellos que habían tenido la oportunidad de vivirlo, y pensé, ¿por qué no? Quería hacer lo mismo, y descubrir lo que el Padre tenía reservado para





CT16. VALENCIA

DEJARSE SORPRENDER

Por Juan Pascual

El viaje iniciático marca la estructura de la mayoría de las grandes historias de la humanidad. Podría resumirse así: el héroe sale de la rutina y cruza el umbral hacia un mundo inexplorado, con la revelación de que tiene una misión y un recorrido que cumplir. Lo largo del camino hace que en ocasiones se sienta perdido. Cuenta con la inestimable ayuda de distintos acompañantes, personajes que ya conocen las coordenadas del universo donde se mueve. Las aventuras que el héroe vivirá cambiarán su carácter y su visión de las cosas. Descubrirá que es alguien dotado con cualidades que le diferencian del resto. Cuando cruce el umbral de vuelta a casa, volverá la vista atrás y sentirá una gran distancia con lo vivido.

La experiencia del campo de trabajo es un viaje iniciático, como la “Odisea”, “Alicia en el País de las Maravillas” o cualquier *road movie*. Aunque con algunas modificaciones. A diferencia de lo que sucede en el viaje iniciático tradicional, quien entra en el campo de trabajo ya tiene una idea de cómo va a ser el nuevo mundo (gracias a las jornadas de formación). Pero aun así, y contando con la ayuda de los coordinadores, sólo hay una manera de ubicarse: dejarse sorprender. Tampoco quien entra en el campo de trabajo es un héroe con cualidades que le diferencian del resto. De hecho, al final de la experiencia descubre su pequeñez y ve como protagonistas a los otros. Pero, sin lugar a dudas, la gran ruptura con el viaje iniciático tradicional es el abandono del umbral de vuelta al hogar. De vuelta a casa del campo de trabajo, te das cuenta de que no hay una meta en la experiencia. Como en el poema “Ítaca” de Kavafis, (nunca mejor dicho), todo es

mi esos quince días. Así que llené la maleta con alegría, con ganas de dar lo mejor de mí y de dejarme sorprender; pero también con mis miedos e inseguridades y las dudas que tenía por si estaría a la altura de las circunstancias. Estos sentimientos me dominaron los primeros días de convivencia y el proceso de adaptación se me hizo complicado: no lograba encontrar mi sitio ante esas personas que veía tan aparentemente diferentes a mí. Pero pronto todo esto se disipó, y aquellas personas que consideré extraños, según pasaban los días, se fueron convirtiendo poco a poco en mi familia. Por esto, para mí, uno de los pilares principales del Campo de Trabajo es la unión que se creó entre los



camino. No hay distancia con lo vivido porque el voluntariado es un estilo de vida, todo es una continuidad.

Contado el final, vamos al principio.

10 de julio, a las cinco de la tarde en el colegio de las Escuelas Pías de la Malvarrosa. 17 voluntarios de distintos centros escolapios de Valencia. 2 salmantinos. 6 coordinadores. 3 asociaciones: Trastévere, Amaltea y Proyecto Vivir. Así empezó el campo de trabajo. Fueron dos semanas intensas que podrían resumirse en una palabra: servicio. Los voluntarios veníamos de un curso egoísta por definición, segundo de bachiller. Habíamos pasado un año pensando en nuestra media y la dinámica del campo de trabajo fue una oportunidad para salir de nosotros mismos. Los días empezaban con la oración de la mañana, donde cogíamos fuerzas para enfrentar el día. ¡Menudas caras al levantarnos! Muchas veces nos quedábamos la noche anterior preparando las actividades y los materiales del día siguiente hasta que nos caíamos del sueño. Pero una vez entrábamos en el ritmo del día, el cansancio quedaba atrás. Después de la oración, un desayuno rápido y cada uno a su asociación. Primero, hacíamos deberes y repasábamos con los niños los contenidos que habían estudiado durante el curso y después, tras una pausa para el almuerzo, dábamos paso a los juegos y dinámicas que les habíamos preparado con cariño e ilusión.

Después de la comida del mediodía, dedicábamos las tardes a formarnos como voluntarios, reflexionando sobre la injusticia social y el papel de la educación en el desarrollo de la persona. Talleres, juegos, charlas de voluntarios y educadores... Actividades hechas para ayudarnos a aterrizar más y mejor en el voluntariado.

Nuestros amigos, desde fuera del campo de trabajo, no entendían muy bien aquello. ¿Encerrados sin contacto con el exterior? ¿Sin televisión? ¿Sin visitas? ¿Con las duchas de los vestuarios del colegio? ¿Como una especie de *Gran Hermano*? A primera vista (y a segunda y a tercera) aquello no iba a funcionar. ¿26 jóvenes conviviendo día y noche en un espacio cerrado? Así fue. Y la cosa funcionó sorprendentemente bien.

Hubo momentos para muchas risas. Desde un programa de talento en el que los voluntarios presentábamos nuestras propias coreografías hasta una noche del terror en una casa encantada o desfiles de moda por el paseo marítimo de la Malvarrosa. La alegría y el buen ambiente ponían en evidencia que allí estaba pasando algo muy serio. El campo de trabajo fue una experiencia de crecimiento para muchos, donde pudimos redescubrir la presencia de Dios en los pobres y los pequeños (“los nadies” de Galeano) y ahondar en la figura de San José de Calasanz y su misión educadora. !

que tuvimos la oportunidad de vivirlo. El otro pilar fundamental, por supuesto, la experiencia de voluntariado que tuve oportunidad de vivir junto a las Misioneras de la Caridad. Una experiencia que pensaba que se basaría en entregarme a los más pequeños, pero que escondía otra parte fundamental: todo lo recibido. Porque gracias a esos niños pude ver que hay realidades muy distin-

tas y mucho más cercanas de lo que creía; hicieron que mi corazón ardiera ante sus necesidades y descubrí en mí unas ganas inmensas de servir, de ser apoyo y mano que sostiene y acompaña. Porque no puedo guardar en un cajón tanta luz dada y recibida, luz que me desborda y que hace que hoy quiera seguir saliendo a SU encuentro y responder a esa llamada que sentí en el Campo de Trabajo. !



ULISES 16. CAMPECHE

3 ESCOLAPIOS, 2 COCHES, 18 COMUNIDADES

Por Lucía Carrión

Una locura”, lo primero que pensé al conocer la realidad de Campeche. 18 capillas que atienden desde la parroquia San Felipe de Jesús y que no están muy cerca unas de otras que digamos. Aparte, el Centro Cultural Calasanz, dedicado a la educación no formal de niños y jóvenes, apenas utilizado durante el año por desgracia. Sin embargo, al final del mes me replanteé de nuevo esta fórmula y volví a pensar “es una locura, pero una santa locura”. La experiencia vivida durante el mes de julio ha sido muy intensa, llena de contrastes, cultura diferente y realidades muy diversas en los lugares que visitamos antes de instalarnos en el centro cultural: México D.F., Puebla, Veracruz, Campeche.

Convivir con los padres escolapios ha sido muy enriquecedor, participando de la oración, compartiendo experiencias y fe, conociendo su día a día en cada una de las comunidades, ayudándonos cuando lo necesitábamos y regalándonos su tiempo, al fin y al cabo. También colaborar en los proyectos del Centro Cultural Calasanz y ver los frutos que han estado dando, incluso ahora durante el año, es muy gratificante después de todo lo trabajado en equipo. Además, como colofón de la experiencia, la última semana: los Talleres de Verano. Niños y jóvenes de todas las comunidades llenando de vida el Centro Cultural. A falta de literas, colchones en el suelo, pero la alegría en cada rincón. Muchas sensaciones y emociones vividas durante aquella semana que guardaré siempre en el corazón.

Salí de Valencia siendo Lucía y con la idea de ser una persona de paso, ver, compartir y convivir con la comunidad escolapia, pero a cada paso que daba algo iba cambiando. Lusía, Lusi, Güera, Chía... a cada nombre, a cada mirada, a cada gesto de cariño, a cada momento, a cada familia que nos abría su casa, a cada niño, joven, adulto, anciano... algo iba cambiando. Solo queda decir GRACIAS a todas aquellas personas con las que me he cruzado en esta experiencia, con las que he trabajado, con las que he compartido y con las que he disfrutado cada momento. !

ULISES 17. BOLIVIA

APRENDER
Y DESCUBRIR

Por Fer García

<<Cuando emprendas tu viaje a Itaca pide que el camino sea largo, lleno de aventuras, lleno de experiencias.>>

El pasado mes de agosto tuve la suerte de vivir una etapa importante en este viaje del proyecto Ulises. Mi acompañante me había dado la noticia de que para entonces iría a colaborar en la presencia escolapia de Cocapata, una pequeña comunidad rural en la parte andina de Bolivia. El país cuenta con la presencia de los Escolapios desde hace 25 años, cuando llegaron a Anzaldo y desde donde luego se asentaron en Cochabamba, Cocapata y, más recientemente, en Santiváñez.

A Cocapata llegamos cuatro voluntarios -Gaizka e Ixone (Bilbao), Javier (Pamplona) y yo- de la mano de Benito, que es el primer escolapio nacido en Bolivia. Él era el director del colegio de Cocapata y se encargaba de dinamizar allí la misión escolapia. Durante el camino por la cordillera fuimos observando los primeros rasgos de la realidad de la zona. Una realidad desigual, de evidente pobreza y de contrastes, y recuerdo al bueno de Benito preparándonos para la llegada, contando la historia reciente de los bolivianos, sus costumbres típicas y su manera de ver la vida. Aunque ya nos iba avisando que “ustedes tienen que conocer”. Afortunadamente, teníamos todo un mes para ello.

<<Pide que el camino sea largo, que muchas sean las mañanas de verano en que llegues a puertos nunca vistos antes.>>

La realidad de Cocapata difería mucho de la que habíamos visto en la ciudad, ya que se trataba de una comunidad rural, y tanto la fisonomía del lugar como sus habitantes tenían poco en común. Durante ese tiempo tuvimos la oportunidad de sumergirnos en el día a día de los proyectos escolapios que se llevaban a cabo allí. Cocapata cuenta con un colegio escolapio de educación primaria y secundaria, al que acuden los niños del pueblo y, mayoritariamente, niños de otras comunidades. Allí estuvimos colaborando dando apoyo a los profesores, llevando la campaña de solidaridad de la fundación para Kamda y dinamizando las celebraciones por la semana de Calasanz.

Para facilitar la asistencia de los niños a la escuela, otro de los proyectos de la presencia es el internado, a cargo de un matrimonio escolapio. En él viven cerca de ciento setenta niños de las comunidades circundantes, sin el cual tendrían que recorrer diariamente varias horas de camino, a pie o en algún vehículo, para llegar al colegio, con el riesgo que eso supone. En el internado duermen, se les da de comer y se hacía vida, con sus tareas, ratos de estudio y tiempo libre para jugar.

Por otra parte, desde hacía un año se estaba poniendo en funcionamiento el Movimiento Calasanz y pudimos colaborar en el descubrimiento de Jesús por los más pequeños. Por último, los Escolapios también se encargaban de la parroquia de la comunidad y de celebrar la eucaristía y los sacramentos en las comunidades de alrededor, lo que nos permitió conocer más en profundidad los lugares de origen de los niños con los que estábamos en el internado y sus familias.

<<Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia, entenderás ya qué significan las Itacas.>>

Después de todo lo vivido, difícil de condensar en unas líneas, no puedo sino agradecer el poder conocer y compartir la vida y la misión con las personas que viven allí el día a día. Fue un intercambio constante con los profesores, educadores del internado, los hombres y mujeres de Cocapata y, sobre todo, con los niños. Fue un tiempo de mucho aprendizaje y de descubrir otras formas de vivir, de hacer, descubrir las propias pobreza, viviendo el Evangelio. Y de una manera más evidente a como solemos vivirlo, me di cuenta de que la presencia de los Escolapios a través de la educación transforma la vida de los lugares y las personas, dotándolos de mejores derechos, más igualdad y más justicia.

Ahora el camino sigue, y es momento de integrar esta experiencia y ver qué nos dice en el futuro.!

APORTAR NUESTRO GRANITO

Por Laura Peydro

Este pasado mes de agosto me dieron la oportunidad de vivir un mes en Anzaldo, un pequeño pueblo de Bolivia, y participar en el proyecto del colegio y del internado. Ha sido un mes para FIARSE de todas las propuestas que me han ido haciendo y decir que sí a una experiencia que no deja indiferente.

Javico, Luzminda, Adán, Marlene, Hilda, Zunhilda, Álvaro, Rogelio, Christian, ... Han sido solo algunos de los niños con los que he tenido la suerte de compartir el día a día de un mes lleno de VIDA. Días llenos de sonrisas tímidas pero sinceras, de tardes de juegos al sol y de horas aprendiendo a bailar el trompo.

Ha sido un mes de apartar los propios prejuicios para poder ESCUCHAR y entender la realidad. Porque hay muchas situaciones que chocan y sorprenden, como que la mayoría de la gente del campo viva incomunicada, sin luz ni agua en pleno 2017. Pero también hay historias de

esperanza. Padres que quieren que sus hijos tengan las oportunidades que ellos no tuvieron y que apuestan por su futuro entregando todo lo que tienen.

En este mes ha sido muy importante compartir lo que estaba viviendo en COMUNIDAD. Tanto con la comunidad de Anzaldo como con los compañeros Ulises. Cada uno de ellos ha sido importante en esta vivencia, tanto por su compañía como por el ejemplo que ha sido para mí ver como otras personas apuestan por la educación como la mejor manera de transformar el mundo.

En este mes todos estábamos dispuestos a aprovechar el tiempo y a aportar nuestro granito de arena. Allí te das cuenta de la necesidad y entras en ACCIÓN y eso te hace plantearte como será la vuelta a casa. Aquí también existe mucha necesidad y sea donde sea vale la pena dar la vida por los demás.!

ULISES 17. ECUADOR

EL AZAR
VIAJA DE
INCOGNITO

Por María Martín Vidal

El azar suele viajar de incógnito. Después de este viaje empiezo a entrever este camino que me ha llevado a donde estoy y a ser quien soy. “No podemos hacer grandes cosas, pero sí cosas pequeñas con un gran amor” esta frase de la Madre Teresa de Calcuta me recuerda la gran fortuna de dar todo tu amor sin idear y planear grandes cosas. Latino América, particularmente Ecuador dejó gran parte de mi corazón en la casa de Escolapios y también Escolapios de Quito, Loja, Saraguro, Santo Domingo de Tsáchilas y Coca, donde hermanas y padres escolapios, niños y jóvenes, familias transforman lo sencillo del día a día en algo extraordinario.

Podría decir que ha sido una experiencia marcada por emociones, de esos recuerdos tan positivos y enriquecedores que nunca quedarán borradas de la memoria. Momentos,

personas lugares, anécdotas que tocan el corazón y que los tendrás grabados siempre. Retos imposibles, que logran hacerse reales.

La vida en comunidad, La Pulida, las escuelas Calasancias, orfanatos, la convivencia de jóvenes y el campamento Paula Montal, son prueba de todos y cada uno de los grandes momentos y experiencias vividas. *Que hay Torres de Babel en cualquier lugar capaces de edificarse cuando hay ganas de comprenderse, que se mezclen personas tan diferentes y con un mismo fin y sobretodo una misma fascinación como son los niños, es algo brillante e inigualable.*

Sin duda, podría definir esta experiencia como hogar. Porque la distancia no es un impedimento si el nexo de unión es el amor y la educación que Calasanz nos dejó. Porque la lejanía no es dificultad para aprender y encontrar la manera de seguir a Dios y para ver que...como Calasanz bien decía, hacer el bien a los pequeños es lo que realmente quiero, y no lo dejaré por nada del mundo.



Personalmente, me tomé minutos en silencio en varias ocasiones sólo para meditar, agradecer y recopilar en mi memoria y corazón esa gratitud infinita que tan difícil es expresarla en un papel.

Nunca es suficiente para seguir aprendiendo de estas experiencias que Dios pone en tu camino para crecer entre lo que es “tierra” y “cemento” y ver lo magnifico de ello, que es, compartir vida.

Para terminar, agradecer todo lo vivido y formar parte de este acogedor hogar que Calasanz nos regaló.!

“A veces sentimos que lo que hacemos es tan solo una gota en el mar, pero el mar sería menos si le faltara esa gota.”
Madre Teresa de Calcuta.